

dad de muchas clases. Hay tambien muchas clases de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar del mismo modo, sino del modo que cada una de ellas se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrinsecamente mala. La esterilidad ó la malicia les vienen de nosotros que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero; porque la verdad está en relacion con todas las facultades del hombre. Cuidar de la una, y no de la otra, es á veces esterilizar la segunda, y malograr la primera. El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonia, y no hay armonia sin atinada combinacion, y no hay combinacion atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones ó las suspende en el tiempo oportuno. Cuando el hombre deja sin accion alguna de sus facultades, es un instrumento al que le faltan cuerdas; cuando las emplea mal, es un instrumento destemplado. La razon es fria, pero ve claro; darle calor, y no ofuscar su claridad; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza; darles direccion, y aprovecharse de su fuerza. El entendimiento sometido á la verdad; la voluntad sometida á la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y á la voluntad; y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religion; hé aquí el hombre completo, el hombre por escelencia. En él, la razon da luz, la imaginacion pinta, el corazon vivifica, la religion diviniza.

FIN

---

---

## NOTAS.

(1) Pág. 20.— *Verum est id quod est*, dice San Agustin (Lib. 2. Solil. cap. 5). Puede distinguirse entre la verdad de la cosa, y la verdad del entendimiento: la primera que es la cosa misma, se podrá llamar objetiva; la segunda que es la conformidad del entendimiento con la cosa, se apellidará formal, ó subjetiva. El oro es metal, independientemente de nuestro conocimiento; hé aquí una verdad objetiva. El entendimiento conoce que el oro es metal, hé aquí una verdad formal ó subjetiva.

Mucha presuncion seria el despreciar las reglas para pensar bien. "Nullam dicere maximarum rerum esse artem, cum minimum sine arte nulla sit, hominum est parum considerate loquentium." "Es de hombres ligeros, decia Ciceron, el afirmar que para las grandes cosas no hay arte, cuando de él no carecen ni las mas pequeñas." (Lib. 2. de offic). En la utilidad de las reglas han estado acordes los sabios antiguos y modernos: la dificultad, pues, está en saber cuáles son estas, cuál es el mejor modo de enseñar á practicarlas. *Don de los dioses* llamó Sócrates á la lógica; mas por desgracia, no nos aprovechamos lo bastante de este don precioso, y las cavilaciones de los hombres le hacen inútil para muchos. Los aristotélicos han sido acusados de embrollar el entendimiento

de los principiantes con la abundancia de las reglas, y el farrago de discusiones abstractas; en cambio, las escuelas que les han sucedido, y particularmente los ideólogos mas modernos, no están libres del todo de un cargo semejante. Algunos reducen la lógica á un análisis de las operaciones del entendimiento, y de los medios con que se adquieren las ideas; lo que encierra las mas altas y difíciles cuestiones que ofrecerse puedan á la humana filosofía.

Quisiéramos un poco menos de ciencia y un poco mas de práctica; recordando lo que dice Bacon de Verulamio sobre el arte de observacion, cuando le llama una especie de sagacidad, de olfato cazador, mas bien que ciencia. *Ars experimentalis sagacitas potius est et odoratio quaedam venatica quam scientia.* (De Augm. scient. L. 5. c. 2).

(2) Pág. 24.— Los hombres mas insignes en el mundo científico se han distinguido por una gran fuerza de atencion; y algunos de ellos por una abstraccion que raya en lo increíble. Arquímedes ocupado en sus meditaciones y operaciones geométricas no advierte el estrépito de la ciudad tomada por los enemigos; Vieta pasa sin interrupcion dias y noches absorto en sus combinaciones algebráicas y no se acuerda de sí mismo, hasta que le arrancan de tamaña enagenacion sus domésticos y amigos; Leibnitz malbarata lastimosamente su salud, estando muchos dias sin levantarse de la silla. Esta abstraccion extraordinaria es respetable en hombres que de tal suerte han enriquecido las ciencias con admirables inventos; ellos tenian verdaderamente una mision que cumplir, y en cierto modo era excusable que á tan alto objeto sacrificaran su salud y su vida. Pero aun en los genios mas eminentes no ha estado reñida la intensidad de la atencion con su flexibilidad. Descartes estaba elaborando sus colosales concepciones entre el estruendo de los combates; y cuando cansado de la vida militar se retiró del servicio en que se habia alistado voluntariamente, continuó viajando por los principales paises de Europa. Con semejante tenor de vida, es muy probable, que el ilustre filósofo habia sabido enlazar la intensidad con la flexibilidad de la atencion, y que no seria tan delicado en la materia como Kant, de quien se dice que el solo des-arreglo ó cambio de un boton en uno de sus oyentes era capaz de hacerle perder el hilo del discurso. Esto no es tan extraño si se considera que el filósofo aleman jamás salió de su patria, y que por tan-

to no debió de acostumbrarse á meditar sino en el retiro de su gabinete. Pero sea lo que fuere de las rarezas de algunos hombres célebres, importa sobre manera esforzarse en adquirir esa flexibilidad de atencion que puede muy bien aliarse con su intensidad. En esto como en todas las cosas puede mucho el trabajo, la repeticion de actos que llegan á engendrar un hábito que no se pierde en toda la vida. Acostumbrándose á pensar sobre cuantos objetos se ofrezcan y á dar constantemente al espíritu una direccion seria, se consigue lentamente y sin esfuerzo, la conveniente disposicion de ánimo, ya sea para fijarse largas horas sobre un punto, ya para hacer suavemente la transicion de unas ocupaciones á otras. Cuando no se posee esta flexibilidad, el espíritu se fatiga y enerva con la concentracion escensiva ó se desvanece con cualquiera distraccion; lo primero, á mas de ser nocivo á la salud, tampoco suele servir mucho para progresar en la ciencia; y lo segundo inutiliza el entendimiento para los estudios serios. El espíritu como el cuerpo ha menester un buen régimen; y en este régimen hay una condicion indispensable, la templanza.

(3) Pág. 27.— Un hombre dedicado á una profesion para la cual no ha nacido es una pieza dislocada: sirve de poco, y muchas veces no hace mas que sufrir y embarazar. Quizás trabaja con celo, con ardor; pero sus esfuerzos ó son impotentes, ó no corresponden ni con mucho á sus deseos. Quien haya observado algun tanto sobre este particular habrá notado fácilmente los malos efectos de semejante dislocacion. Hombres muy bien dotados para un objeto, se muestran con una inferioridad lastimosa cuando se ocupan de otro. Uno de los talentos mas sobresalientes que he conocido en lo tocante á ciencias morales y políticas, le considero mucho menos que mediano con respecto á las exactas; y al contrario, he visto á otros de feliz disposicion para adelantar en estas, y muy poco capaces para aquellas.

Y lo singular en la diferencia de los talentos es, que aun tratándose de una misma ciencia los unos son mas á propósito que otros para determinadas partes. Así se puede experimentar en la enseñanza de las matemáticas, que la disposicion de un mismo alumno no es igual con respecto á la Aritmética, Algebra y Geometría. En el cálculo, unos se adiestran con facilidad en la parte de aplicacion, mientras no adelantan igualmente, ni con mucho, en la de generali-

zacion; unos adelantan en la Geometría mas de lo que habian hecho esperar en el estudio del Algebra y Aritmética. En la demostracion de los teoremas, en la resolucion de los problemas, se echan de ver diferencias muy señaladas: unos se aventajan en la facilidad de aplicar, de construir; pero deteniéndose, por decirlo así, en la superficie, sin penetrar en el fondo de las cosas; al paso que otros no tan diestros en lo primero, se distinguen por el talento de demostracion, por la facilidad en generalizar, en ver resultados, en deducir consecuencias lejanas. Estos últimos son hombres de ciencia, los primeros hombres de práctica; á aquéllos les conviene el estudio, á estos el trabajo de aplicacion.

Si estas diferencias se notan en los límites de una misma ciencia, ¿qué será cuando se trate de las que versan sobre objetos los mas distantes entre sí? Y sin embargo, ¿quién cuida de observarlas, y mucho menos de dirigir á los niños y á los jóvenes por el camino que les conviene? A todos se nos arroja, por decirlo así, en un mismo molde: para la eleccion de las profesiones suele atenderse á todo, menos á la disposicion particular de los destinados á ellas. ¿Cuánto y cuánto falta que observar en materia de educacion é instruccion!

En la acertada eleccion de la carrera no solo se interesa el adelanto del individuo, sino la felicidad de toda su vida. El hombre que se dedica á la ocupacion que se le adapta, disfruta mucho, aun entre las fatigas del trabajo; pero el infeliz que se halla condenado á tareas para las cuales no ha nacido, ha de estar violentándose continuamente, ya para contrariar sus inclinaciones, ya para suplir con esfuerzo lo que le falta en habilidad.

Algunos de los hombres que mas se han distinguido en la respectiva profesion, habrian sido probablemente muy medianos, si se hubiesen dedicado á otra que no les conviniera. Malebranche se ocupaba en el estudio de las lenguas y de la historia, y no daba muestras de ninguna disposicion muy aventajada, cuando acertó á entrar en la tienda de un librero, donde le cayó en manos el *Tra- tado del hombre* de Descartes. Causóle tanta impresion aquella lectura, que se cuenta haber tenido que interrumpirla mas de una vez para calmar los fuertes latidos de su corazon. Desde aquel dia Malebranche se dedicó al estudio que tan perfectamente se le adaptaba; y diez años despues publicaba ya su famosa obra de la *Inves-*

*tigacion de la verdad*. Y es que la palabra de Descartes despertó el genio filosófico adormecido en el joven bajo la balumba de las lenguas y de la historia: sintióse otro, conoció que él era capaz de comprender aquellas altas doctrinas, y como el poeta al leer á otro poeta, exclamó: "*Tambien yo soy filósofo.*"

Una cosa semejante le sucedió á La-Fontaine. Habia cumplido veinte y dos años, sin dar muestras de abrigar estro poético. No le conoció él mismo hasta que leyó la oda de Malherbe sobre el asesinato de Enrique IV. Y este mismo La-Fontaine que tan alto rayó en la poesia, ¿qué hubiera sido como hombre de negocios? Sus inocentadas que tanto daban que reir á sus amigos no son muy buen indicio de felices disposiciones para este género.

He dicho que convenia observar el talento particular de cada niño para dedicarle á la carrera que mejor se le adapta; y que seria bueno observar lo que dice ó hace cuando se encuentra con ciertos objetos. Madama Perier, en la *Vida* de su hermano Pascal, refiere que siendo niño le llamó un dia la atencion el fenómeno del diverso sonido de un plato herido con un cuchillo, segun se le aplicaba el dedo ó se le retiraba, y que despues de reflexionar mucho sobre la causa de esta diferencia escribió un pequeño tratado sobre ella. Este espíritu observador en tan tierna edad ¿no anunciaba ya al ilustre fisico del experimento de Puy-de-Dome confirmando las ideas de Torricelli y Galileo?

El padre de Pascal deseoso de formar el espíritu de su hijo fortaleciéndole con otra clase de estudios antes de pasar al de las matemáticas, hasta evitaba el hablar de Geometría en presencia del niño; pero este encerrado en su cuarto traza figuras y mas figuras con un carbon, y desenvolviendo la definicion de la Geometría que habia oido, demuestra hasta la proposicion 32 de Euclides. El genio del eminente geómetra se debatía bajo una inspiracion poderosa, que todavía no era él capaz de comprender.

El célebre Vaucanson se ocupa en examinar atentamente la construccion de un relox de una antesala donde estaba esperando á su madre; en vez de jugar, acecha por las hendiduras de la caja, por si puede descubrir el mecanismo; y luego despues se ensaya en construir uno de madera que revela el asombroso genio del ilustre constructor del *flautista*, y del *áspid de Cleopatra*.

Bossuet á la edad de 16 años improvisaba en el palacio de Ram-

boulliet un sermon que por la copia de pensamientos y facilidad de espresion y estilo admiraba al concurso, compuesto de los talentos mas escogidos que á la sazón contaba la Francia.

(4) Pág. 38.—He dicho que la teoría de las probabilidades auxiliada por la de las combinaciones pone de manifiesto la imposibilidad que he llamado de sentido comun, calculando, por decirlo así, la inmensa distancia que va de la posibilidad del hecho á su existencia; distancia que nos le hace considerar como poco menos que absolutamente imposible. Para dar una idea de esto supondré que se tengan siete letras e, s, p, a, ñ, o, l, y que disponiéndolas á la aventura, se quiere que salga la palabra *español*. Es claro que no hay imposibilidad intrínseca, pues que lo vemos hecho todos los días, cuando á la combinacion preside la inteligencia del cajista; pero en faltando esta inteligencia no hay mas razon para que resulten combinadas de esta manera que de la otra. Ahora bien: teniendo presente que el número de combinaciones de diferentes cantidades es igual á  $1 \times 2 \times 3 \times 4 \dots (n-1) n$ , espresando n el número de la cantidad; siendo siete las letras en el caso presente, el número de combinaciones posibles será igual á  $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 = 5040$ .

Ahora: recordando que la probabilidad de un hecho es la relacion del número de casos favorables al número de casos posibles, resulta que la probabilidad de salir por acaso las siete letras dispuestas de modo que formen la palabra *español* es igual á  $1/5040$ . Por manera que estaria en el mismo caso que el salir una bola negra de una urna donde hubiese 5039 bolas blancas.

Si es tanta la dificultad que hay en que resulte formada una sola palabra de siete letras, ¿qué será si tomamos por ejemplo un escrito en que hay muchas páginas, y por tanto gran número de palabras? La imaginacion se asombra al considerar la inconcebible pequeñez de la probabilidad cuando se atiende á lo siguiente :1º La formacion casual de una sola palabra es poco menos que imposible; ¿qué será con respecto á millares de palabras? 2º Las palabras sin el debido órden entre sí no dirian nada, y por tanto seria necesario que saliesen del modo correspondiente para espresar lo que se queria. Siete solas palabras nos costarian el mismo trabajo que las siete letras. 3º Esto es verdad, aun no exigiendo disposicion en líneas, y suponiéndolo todo en una sola; ¿qué será si se

$$L = (n-1)n$$

piden líneas? Solo siete nos traerán la misma dificultad que las siete palabras y las siete letras. 4º Para formarse una idea del punto á que llegaria el guarismo que espresase los casos posibles, adviértase que nos hemos limitado á un número de los mas bajos, el *siete*; adviértase que hay muchas palabras de mas letras; que todas las líneas habrian de constar de algunas palabras, y todas las páginas de muchas líneas. 5º Y finalmente, reflexiónese á donde va á parar un número que se forma con una ley tan aumentativa como esta  $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 \times 8 \dots (n-1) n$ . Sigase por breve rato la multiplicacion y se verá que el incremento es asombroso.

En la mayor parte de los casos en que el sentido comun nos dice que hay imposibilidad, son muchas las cantidades por combinar; entendiendo por cantidades todos los objetos que han de estar dispuestos de cierto modo para lograr el objeto que se desea. Por poco elevado que sea este número, el cálculo demuestra ser la probabilidad tan pequeña, que ese instinto con el cual desde luego, sin reflexionar, decimos “esto no puede ser,” es admirable por lo fundado que está en la sana razon. Pondré otro ejemplo. Suponiendo que las cantidades son en número de 100, el de las combinaciones posibles será  $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \dots 99 \times 100$ . Para concebir la increíble altura á que se elevaria este producto, considérese que se han de sumar los logaritmos de todas estas cantidades, y que las solas *características*, preescindiendo de las *mantisas* dan 90: lo que por sí solo da una cantidad igual á la unidad seguida de 90 ceros. Súmense las *mantisas*, y añádase el resultado de los enteros á las *características*, y se verá que este número crece todavía mucho mas. Sin fatigarse con cálculos se puede formar idea de esta clase de aumento. Así suponiendo que el número de las cantidades combinables sea diez mil, por la suma de las solas *características* de los factores, se tendria una *característica* igual á 19890; es decir, que aun no llevando en cuenta lo muchísimo que subiria la suma de las *mantisas*, resultaria un número igual á la unidad seguida de 19890 ceros. Concíbese si se puede lo que es un número, que por poco espesor que en la escritura se dé á los ceros, tendrá la longitud de algunas varas; y véase si no es muy certero el instinto que nos dice ser imposible una cosa cuya probabilidad es tan pequeña que está representada por un quebrado

do cuyo numerador es la unidad, y cuyo denominador es un número tan colosal.

(5) Pág. 47.—He creído inútil ventilar en esta obra las muchas cuestiones que se agitan sobre los sentidos, con respecto á sus relaciones con los objetos esternos, y la generacion de las ideas. Esto me hubiera llevado fuera de mi propósito, y ademas no habria servido de nada para enseñar á hacer buen uso de los mismos sentidos. En otra obra, que tal vez no tarde en dar á luz, me propongo examinar estas cuestiones con la estension que su importancia reclama.

(6) Pág. 59.—Lo que he dicho sobre las consecuencias que instintivamente sacamos de la coexistencia ó sucesion de los fenómenos, está íntimamente enlazado con lo explicado en la *Nota 4*, sobre la imposibilidad de sentido comun. De esto puede sacarse una demostracion incontrastable en favor de la existencia de Dios.

(7) Pág. 67.—Los que crean que la moral cristiana induce fácilmente á error por un exceso de caridad, conocen poco esta moral, y no han reflexionado mucho sobre los dogmas fundamentales de nuestra religion. Uno de ellos es la corrupcion original del hombre, y los estragos que esta corrupcion produce en el entendimiento y en la voluntad. ¿Semejante doctrina es acaso muy á propósito para inspirar demasiada desconfianza? ¿Los libros sagrados no están llenos de narraciones en que resaltan la perfidia y la maldad de los hombres? La caridad nos hace amar á nuestros hermanos; pero no nos obliga á reputarlos por buenos si son malos, no nos prohíbe el sospechar de ellos, cuando hay justos motivos, ni nos impide el tener la prudente cautela, que de suyo aconseja el conocer la miseria y la malicia del humano linage.

(8) Pág. 78.—Para convencerse de que no he exagerado al ponderar el peligro de ser inducidos en error por los narradores, basta considerar que aun con respecto á países muy conocidos, la historia se está *rehaciendo* continuamente, y tal vez en este siglo mas que en los anteriores. Todos los dias se están publicando obras en que se enmiendan errores, verdaderos ó imaginarios; pero lo cierto es que en muchos puntos gravísimos hay una completa discordancia en las opiniones. Esto no debe conducir al escepticismo, pero sí inspirar mucha cautela. La autoridad humana es una condicion indispensable para el individuo y la sociedad; pero

es preciso no fiarse demasiado en ella. Para engañarnos basta ó mala fe ó error. Desgraciadamente, ambas cosas no son raras.

(9) Pág. 82.—Es muy dudoso si el periodismo causará daño ó provecho á la historia de lo presente; pero no puede negarse que multiplicará el número de los historiadores con la mayor circulacion de documentos. Antes para proporcionarse algunos de ellos era necesario recurrir á secretarías ó archivos; mas ahora, son pocos los que son tan reservados que ó desde luego ó á la vuelta de algún tiempo, no caigan en manos de un periódico; y por poco que valgan pueden contar con infinitas reimpresiones en varias lenguas. Por manera que ahora las colecciones de periódicos son excelentes memorias para escribir la historia. Esto aumenta el número de los hechos en que se pueda fundar el historiador; y de que puede aprovecharse con gran fruto, con tal que no confunda el testo con el comentario.

(10) Pág. 88.—Al leer algun libro de viages, no debemos buscar el capítulo de países lejanos, sino de aquellos cuyos pormenores nos sean muy conocidos: esto proporciona el juzgar con acierto de la obra, y á veces no escasa diversion. Entonces se palpa la ligereza con que se escriben ciertos viages. Una poblacion que tenia yo bien conocida, y cuyos alrededores secos y pedregosos habia recorrido no pocas veces, la he visto en un libro de viages cercada como por encanto de jardines y arroyos; y á otra en que se habla de las aguas de un rio no lejano como de un bello sueño que algun dia se pudiera realizar, la he visto tambien en otro libro regulada ya con la ejecucion del hermoso proyecto, ó mejor diré, sin necesidad de él, pues que el cauce del rio estaba junto á sus murallas.

(11) Pág. 99.—He manifestado mucha desconfianza de las obras póstumas, sobre todo si el autor no ha podido darles la última mano, dejándolas á personas de muy segura entereza; y que no hayan de hacer mas que publicarlas. Entre los muchos ejemplos que se pudieran citar, en que la falsificacion ha sido probada, ó en que se ha sospechado no sin fuertes indicios, recordaré un hecho gravísimo cual es lo que está sucediendo en Francia con respecto á una obra muy importante: *Los pensamientos de Pascal*. En el espacio de dos siglos se han publicado numerosas ediciones de esta obra, y ha sido traducida en diferentes lenguas, y todavía en

1845 están disputando M. Cousin y M. Faugère sobre pasajes de gran trascendencia. M. Cousin pretendia haber restablecido el verdadero Pascal, haciendo desaparecer las enmiendas introducidas en la obra por la mano de Port-Royal; y ahora M. Faugère ha dado á luz otra edicion, de la cual resulta que solo él ha consultado el escrito autógrafo, y que M. Cousin, el mismo M. Cousin, se habia limitado, por lo general, á las copias. Fiaos de editores.

(12) Pág. 111.—Lo dicho en la *Nota 3* sobre la diferencia de los talentos deja fuera de duda lo que acabo de asentar en el capítulo XII. Sin embargo, para hacer sentir que la escena de los *Sabios resucitados* no es una ficcion exagerada, citaré un ejemplo que equivale á muchos. ¿Quién hubiera pensado que un escritor tan fecundo, tan brillante, tan lozano y pintoresco como Buffon, no fuese poeta, ni capaz de hacer justicia á los poetas mas eminentes? Tratándose de un hombre que solo se hubiese distinguido en las ciencias exactas, esto no fuera extraño; pero en Buffon, en el magnífico pintor de la naturaleza, ¿cómo se concibe esta anomalía? Sin embargo, la anomalía existió, y esto basta á manifestar que no solo pueden encontrarse separados dos géneros de talento muy diversos, sino tambien los que al parecer solo se distinguen por un ligero matiz. “Yo he visto, dice Laharpe, al respetable anciano Buffon afirmar con mucha seguridad que los versos mas hermosos estaban llenos de defectos, y que no llegaban ni con mucho á la perfeccion de una buena prosa. No vacilaba en tomar por ejemplo los versos de la *Athalia*, y hacer una minuciosa crítica de los de la primera escena. Todo lo que dijo era propio de un hombre tan extraño á las *primeras nociones de la poesia*, y á los ordinarios procedimientos de la versificacion, que no habria sido posible responderle sin *humillarle*.” Y adviértase que no se habla de un hombre que pensase menos en las formas del escrito que en el fondo; se habla de Buffon, que pulia con estremada escrupulosidad sus trabajos, y de quien se cuenta que hizo copiar once veces su manuscrito *Épocas de la naturaleza*; y sin embargo, este hombre que tanto cuidaba de la belleza, de la cultura, de la armonía, no era capaz de comprender á Racine, y encontraba malos los versos de la *Athalia*.

(13) Pág. 123.—La confusion de ideas acarrea grandes perjui-

cios á las ciencias; pero el aislamiento de los objetos los causa tambien de mucha gravedad. Uno de los vicios radicales de la escuela enciclopédica fué el considerar al hombre aislado, y prescindir de las relaciones que le ligan con otros seres. El análisis lleva á descomponer, pero es necesario no llevar la descomposicion tan lejos que se olvide la construccion de la máquina á que pertenecen las piezas. Algunos filósofos á fuerza de analizar las sensaciones, se han quedado con las sensaciones solas; lo que en la ciencia ideológica, y psicológica equivale á tomar el pórtico por el edificio.

(14) Pág. 140.—La *duda* de Descartes fué una especie de revolucion contra la autoridad científica, y por tanto fué llevada por muchos á una exageracion indebida. Sin embargo no es posible desconocer que habia en las escuelas necesidad de un sacudimiento que las sacase del letargo en que se encontraban. La autoridad de algunos escritores se habia levantado mas alto de lo que convenia; y era menester un ímpetu como el de la filosofia de Descartes para derribar á los ídolos. El respeto debido á los grandes hombres no debe rayar en culto, ni la consideracion á su dictámen degenerar en ciega sumision. Por ser grandes hombres no dejan de ser hombres, y de manifestarlo así en los errores, olvidos y defectos de sus obras. *Summi enim sunt, homines tamen*, decia Quintiliano. Y San Agustin confiesa, que la infalibilidad la atribuye á los libros sagrados; pero que en cuanto á las obras de los hombres, por mas alto que rayen en virtud y sabiduría, no por esto se cree obligado á tener por verdadero todo cuanto ellos han dicho ó escrito.

(15) Pág. 148.—Voy á compendiar en pocas palabras lo mas útil que dicen los dialécticos sobre la percepcion, juicio y racionio; término, proposicion y argumentacion.

Segun los dialécticos, la percepcion es el conocimiento de la cosa, sin afirmacion ó negacion; el juicio es la afirmacion ó negacion; el racionio es el acto del entendimiento con el que de una cosa inferimos otra.

Pienso en la virtud sin afirmar ó negar nada de ella, tengo una percepcion. Interiormente afirmo que la virtud es loable, formo un juicio. De aquí infero que para merecer la verdadera alabanza es preciso ser virtuoso, esto es un racionio.

El objeto interior de la percepcion, se llama idea.

El término ó vocablo es la espresion de la cosa percibida. La

palabra *América* no espresa la idea del nuevo continente, sino el mismo continente. Es cierto que no existiera el término si no existiese la idea, y que esta sirve como de nudo para enlazar el término con la cosa; pero no lo es menos, que cuando espresamos *América* entendemos la cosa misma, no la idea. Así decimos la América es un país hermoso, y es evidente que esto no lo afirmamos de la idea.

Al pensar en los metales, conozco que el ser *metal* es común á muchas cosas que por otra parte son diferentes, como la plata, el oro, el plomo, etc.: al pensar en los brutos, veo que hay algo en que convienen el camello, el águila, la serpiente, la mariposa, y todos los demás, á saber, el *vivir y sentir*, ó el ser animales. Cuando espreso esto que conviene á muchos, diciendo, *metal, animal, cuerpo, hombre justo, malo* etc., el término se denomina *común*.

El término tomado en general es aquel cuyo significado conviene á muchos; pero como puede suceder que convenga á muchos, ó bien tan solo en cuanto se consideran reunidos, bien que se aplique á cualquiera de ellos por separado: suele decirse que en el primer caso el término es colectivo, en el segundo distributivo. *Academia* es un término común colectivo, porque espresa la *coleccion* de los académicos; pero no de tal suerte que cada uno de estos pueda llamarse *academia*. *Sabio* es término común distributivo, porque se aplica á muchos, de manera que cualquiera individuo que posea la sabiduría, puede llamarse sabio.

Término singular es el que espresa un solo individuo: como Pirineos, mar Negro, Madrid, etc.

Me parece que el término colectivo no debería contarse como una especie del común, porque entonces hay el inconveniente de que la division no está bien hecha. Decimos, el término es común singular. El común se divide en colectivo y distributivo. Para que una division sea bien hecha se requiere que de dos miembros opuestos, el uno no pertenezca al otro, lo que se verifica si adoptamos la division espresada. En efecto, la palabra *nacion*, es común, distributivamente, porque conviene á todas las naciones; y colectivamente porque se aplica á una reunion. Francia es común colectivo, porque se aplica á un conjunto de hombres, y singular, porque espresa una sola nacion, un verdadero individuo de la especie de las naciones. Luego el término colectivo no debe contarse entre los

comunes, como contrapuestos al singular, pues hay nombres colectivos comunes, y los hay singulares.

El término común se divide en unívoco, equívoco y análogo. Unívoco es el que tiene para muchos un significado idéntico: como hombre, animal, corpóreo. Equívoco es el que lo tiene diferente, como leon, que espresa un animal y un signo celeste. Análogo, que lo tiene en parte idéntico y en parte diferente: como sano, que se aplica al alimento que conserva la salud, al medicamento que la restablece, al hombre que la posee; piadoso, que se aplica á la persona, á un libro, á una accion, á una imágen. *Amo*, se dice de los monarcas; así esa fórmula "el rey mi agosto amo" se dice de los que tienen esclavos; se dice de los que tienen dependientes ó criados; se dice del dueño de la habitacion; y en todos estos casos hay una significacion muy diferente.

De muchos términos se verifica que envuelven una idea general, susceptible de muchas modificaciones; y el emplearlos sin hacer la competente distincion, da lugar á confusion de ideas, y estériles disputas. Usamos á cada paso las palabras rey, monarca, soberano; hablamos sobre lo que ellas significan, y asentando nuestros respectivos sistemas. Y sin embargo, es imposible no desacertar gravísimamente, si en cada cuestion no se fija con exactitud lo que estas palabras espresan. Soberano es el sultan, soberano es el emperador de Rusia, soberano es el rey de Prusia, soberano es el rey de Francia, soberana es la reina de Inglaterra, soberano era Carlos III, soberana es Isabel II, y no obstante, en ninguno de estos casos la soberanía espresa una misma cosa.

La definicion es la esplicacion de la cosa. Si esplica la esencia, se llama esencial; si se contenta con darla á conocer, sin penetrar en su naturaleza, se apellida descriptiva.

Cuando la cosa esplicada es la significacion de una palabra, se denomina definicion del nombre: *definitio nominis*. Conviene no confundir la definicion del nombre con su etimología, porque siendo esta última la esplicacion del origen de la palabra, acontece muchas veces que el sentido usual es muy diferente del etimológico. La etimología ilustra para conocer el verdadero significado; pero no lo determina. Así, por ejemplo, la palabra obispo, *episcopus*, que atendida su etimología griega significa vigilante, y en su acepcion latina, superintendente, nos indica en cierto modo las atribu-

ciones pastorales; pero dista mucho de determinarlas en su verdadero sentido. Así esta palabra significaba entre los latinos el magistrado á cuyo cargo corria el cuidado del pan y demas comestibles. Ciceron escribiendo á Altivo, le dice: “Vult enim Pompejus me esse quem tota hæc Campania, et maritima ora habent episcopum ad quem delectus et negotii summa referatur.” (Lib. 7. epist.)

Las calidades de una buena definicion, son claridad y exactitud. Será clara, si no puede menos de entenderla quien no ignore la significacion de las palabras: será exacta, si esplica de tal manera la cosa definida, que ni le añada ni le quite.

La mejor regla para asegurarse de la bondad de una definicion, es aplicarla desde luego á las cosas definidas, y observar si las comprende á todas, y á ellas solas.

La division es la distribucion de un todo en sus partes. Segun son estas, toma distintos nombres; llamándose actual cuando existen en realidad, y potencial cuando no son mas que posibles. La actual se subdivide en metafísica, física é integral. Metafísica es la que distribuye el todo en partes metafísicas, como el hombre en animal y racional; física, la que lo distribuye en partes físicas, como el hombre en cuerpo y alma; integral, la que lo distribuye en partes que espresan cantidad, como el hombre en cabeza, piés, manos, &c. La potencial es la que distribuye un todo en aquellas partes que nosotros le podemos concebir. Así, considerado como un todo la idea abstracta *animal*, podemos dividirlo en racional é irracional. Si lo espresado por la division potencial pertenece á la esencia de la cosa, se llama esencial, si no, accidental. Será esencial, si divido el animal en racional é irracional; será accidental, si le divido por sus colores ú otras calidades semejantes.

La buena division debe 1º agotar el todo; 2º no atribuirle partes que no tenga; 3º no incluir una parte en las otras; 4º proceder con orden, ya sea que este se funde en la naturaleza de las cosas, ó en la generacion ó distribucion de las ideas.

Si afirmo una cosa de otros, formo un juicio; si lo enuncio con palabras, tengo una proposicion. Afirmo interiormente, que la tierra es un esferóide, he aquí un juicio; digo ó escribo: “la tierra es un esferóide:” hé aquí la proposicion.

En todo juicio hay relacion de dos ideas, ó mas bien de los objetos que ellas representan; lo mismo ha de suceder en la proposi-

cion; el término que espresa aquello de que afirmamos ó negamos, se llama sugeto; lo que afirmamos ó negamos se denomina predicado; y el verbo sustantivo *ser*, que espreso ó sobreentendido se halla siempre en la proposicion, se apellida cópula ó union, porque representa el enlace de las dos ideas. Así en el ejemplo anterior: la *tierra* es el sugeto, *esferóide* el predicado, y *es* la cópula.

Si hay afirmacion, la proposicion se llama afirmativa, si hay negacion negativa. Pero conviene advertir, que para que una proposicion sea negativa, no basta que la partícula *no* afecte alguno de sus términos, sino que es preciso que afecte al verbo. “La ley *no* manda pagar.” “La ley manda *no* pagar.” La primera es negativa, la segunda afirmativa; el sentido es muy diferente con solo mudar de lugar el *no*.

Las proposiciones se dividen en universales, indefinidas, particulares y singulares, segun que el sugeto es singular, indefinido, particular, ó universal. *Todo cuerpo* es grave: es proposicion universal, á causa de la palabra *todo*. *El hombre* es inconstante; la proposicion es indefinida, por no espresarse si lo son todos ó alguno. *Algunos axiomas* son engañosos; la proposicion es particular, porque el sugeto está restringido por el adjunto *alguno*. Gonzalo de Córdoba fué insigne capitán; la proposicion es singular, por serlo el sugeto. Para ser singular la proposicion no es preciso que el nombre sea propio, basta una palabra cualquiera que lo determine; como si digo: “*esta* peseta es falsa.”

Tocante á las proposiciones indefinidas, puede preguntarse si su sugeto se toma en sentido universal ó particular; y á esta cuestion dan origen dos motivos: 1º el no estar aquel acompañado ni de término universal ni particular; 2º el observarse que en el uso, les señala á unas un sentido universal y á otras no.

La proposicion indefinida equivale á la universal, en sentido absoluto, si se trata de materias pertenecientes á la esencia de las cosas, ó alguna de sus propiedades que pueda considerarse necesaria de las cosas; equivale á universal moral, es decir, para la mayor parte de los casos, si versa sobre calidades que así lo demanden; y por fin á particular, si así lo indica la cosa de que se habla. Los cuerpos son pesados: equivale á decir todos los cuerpos son pesados.

Los alemanes son meditados; no equivale á decir que todos